

## DISCURSO

SOBRE EL CURSO NATURAL DE LAS REVOLUCIONES.

\*\*\*\*\*

Las lecciones de lo pasado entre hombres que han sufrido males, precaven los desordenes en el porvenir.

MONTESQUIEU.

Nada mas importante que instruir a los pueblos y naciones de los grandes riesgos que corren cuando sus circunstancias los ponen en la carrera dificil y siempre peligrosa de los cambios politicos. La inesperienza y la falta de conocimientos acerca del curso y termino natural de las revoluciones, es por lo general el orijen de sus errores, y de tantos pasos peligrosos que frecuentemente los conducen al borde del precipicio. Nosotros creemos pues hacer un servicio importante a nuestra Republica, si damos una idea del curso natural de las revoluciones, fijando el caracter y principios generales comunes a todas ellas, e indicando sus resultados prosperos o adver-

sos, para que teniendolos a la vista los Mejicanos, sepan procurarse los bienes que pueden producir, y precaver supuestos ciertos principios los males que en ellas son inevitables.

Los movimientos que agitan a los pueblos pueden ser de dos maneras. Unos son producidos por una causa directa de que resulta un efecto inmediato. Presentase una circunstancia que hace desear a una nacion entera, o a alguna porcion de ella un objeto determinado; la empresa se logra o queda frustrada, y en ambos casos se vuelve a un Estado tranquilo. Los decemviros oprimian a Roma con su tirania: un acontecimiento particular la hace insoportable, y en un instante viene por tierra. El Parlamento de Inglaterra desespera de ver a la Nacion dicha bajo el dominio de los *Stuarts*, y cambia la dinastia. Las colonias inglesas de America se hallan oprimidas por el fisco de su metropoli, y las españolas por el sistema prohibitivo y una opresion calculada, unas y otras hacen un esfuerzo, se declaran independientes y sacuden el yugo bajo el cual estaban encorvadas. Estas son las revoluciones felices: se sabe lo que se quiere, todos se dirijen a un objeto conocido, y logrado que sea, todo vuelve a quedar en reposo.

Pero hay otras revoluciones que dependen de un movimiento general en el espiritu de las naciones. Por el giro que toman las opiniones, los hombres llegan a cansarse de ser lo que son, el orden actual les incomoda bajo todos aspectos, y los animos se ven poseidos de un ardor y actividad extraordinaria: cada cual se siente disgustado del puesto en que se halla, todos quieren mudar de situacion; mas ninguno sabe a punto fijo lo que desea, y todo se reduce a descontento e inquietud.

Tales son los sintomas de estas largas crisis a que no se puede asignar causa precisa y directa; de estas crisis que parecen ser el resultado de mil circunstancias simultaneas sin serlo de ninguna en particular; que producen



un incendio general porque todo se halla dispuesto a que prenda el fuego; que no contienen en sí ningún principio saludable que pueda contener o dirigir sus progresos; y que serian una cadena eterna de desgracias, de revoluciones y de crímenes, si la casualidad, y aun mas que ella el cansancio no les pusiese termino. Tal fué la convulsión que condujo a Roma del gobierno republicano al dominio de los emperadores, por medio de las proscripciones y guerras civiles. Tales fueron las largas agitaciones que sufrió la Europa al tiempo de la reforma de Lutero, periodo sangriento que fué el tránsito de las costumbres y constituciones antiguas a un orden del todo nuevo. Estas son las épocas críticas del espíritu humano que provienen de que ha perdido su asiento habitual, y de las cuales nunca sale sin haber mudado totalmente de carácter y de fisonomía.

La revolución francesa especialmente ha presentado un carácter de esta clase, y como todas, ha sido producida por causas universales y necesarias. Todas las circunstancias de que parece ser resultado, estaban enlazadas unas con otras, y solo de su enlace y unión recibieron toda su fuerza. Mas, quien podrá persuadirse que cuando los efectos son portentosos, la causa pueda ni deba considerarse pequeña. Cuando se ve que al quitarse una pequeña piedra viene a tierra todo un edificio, ¿podrá nadie dudar que estaba el todo ruinoso? No son necesarias esplicaciones forzadas para concebir claramente esta idea. ¿Digase si no cual puede ser la causa de las conmociones a que todas las naciones han estado sujetas, cuando se han hallado en una situación semejante?

Una impaciencia tanto mas violenta en sus ataques cuanto es mas vaga en sus deseos, es la que produce el primer sacudimiento. Todos se entregan libremente a esta sensación sin reserva ni remordimiento. Se imaginan que la civilización, previa siempre a un estado semejante, amortiguará todas las pasiones suavizando los caracteres; se persuaden que la moral se hace tan fácil en la práctica, y

que el equilibrio del orden social está tan bien sentado que nada podrá destruirlo: se olvidan de que jamás se podrá impunemente poner en fermentación los intereses y opiniones de la multitud. La calma y los hábitos de subordinación robustecidos por el tiempo, aogan en el corazón humano ese egoísmo activo y ese ardor inmoderado que toma vuelo al punto que cada cual se ve obligado a defender por sí sus intereses, efecto necesario cuando el desorden de la sociedad poniéndolos en problema deja de protegerlos y prestarles apoyo por reglas fijas, destruidas las cuales, aparecerá el hombre en su natural ferocidad: entonces la suavidad social cederá su lugar al vicio y a los delitos, y el hombre antes moral por la sumisión al orden establecido, recobrará toda la violencia de su carácter primitivo al dar el primer paso en la carrera del desorden.

Otra de las causas que dan pábulo a la anarquía es la imprudencia con que se adoptan todo género de opiniones, sobre variaciones continuas y sucesivas de gobierno, y la seguridad con que se les presta ascenso. Como los tiempos que preceden a semejantes catastrofes han sido pacíficos y uniformes, las ideas y los sistemas han corrido libremente sin que haya podido oponerseles nada que los desmienta o los haga sospechosos: la falta pues de experiencia pone en posesión a estas teorías abstractas de una confianza sin límites. De aquí resulta, que a la llegada de la tormenta, cada uno ve comprobada por instantes la debilidad y flaqueza de sus discursos por no haber contado con acontecimientos nuevos e imprevistos, cuya falta, habiéndolo hecho errar acerca de los hombres y de las cosas, le trae diariamente por una luz repentina amargos y fatales desengaños: entonces es cuando ese atrevimiento en opinar empieza a debilitarse, el temor de engañarse se aumenta y cesa la confianza con que antes se aventuraba todo sobre las frágiles seguridades de la razón humana.



Mas antes de que vengan estos saludables desengaños, es necesario pasar por toda la serie de calamidades que trae consigo el *idealismo*, porque ni prudencia ni moderacion puede esperarse, aun de los hombres mas honrados y sabios. La idea de una renovacion completa los lisonjea lejos de arredrarlos: el proyecto les parece facil, y feliz y seguro el resultado: lanzanse a el sin aprension ni cuidado, y no contentos con modificar el orden existente, ansian por crear uno enteramente nuevo. Esto hace que en poco tiempo la destruccion sea total, y nada escape al ardor de demoler. A nadie se ocurre que el trastornar las leyes y habitos de un pueblo, el descomponer todos sus muelles y reducirlo a sus primeros principios disolviendolo hasta sus ultimos elementos, es quitarle todos los medios de resistencia contra la opresion. Para que pueda combatirla es necesario que halle ciertos puntos de apoyo, ciertos estandartes a que reunirse, y ciertos centros de agregacion. Si se le priva pues de todo esto, queda reducido a polvo, y entregado indefenso a todas las tiranias revolucionarias.

Tales son los inconvenientes de toda revolucion emprendida sin objeto decidido y determinado y solo por satisfacer un sentimiento vago. Cuando los hombres piden a gritos descompasados la libertad sin asociar ninguna idea fija a esta palabra, no hacen otra cosa que preparar el camino al despotismo, trastornando cuanto puede contenerlo.

Los primeros autores de esta destruccion se hallan en su mayor parte inspirados por deseos puros y beneficos: asi es que aun cuando se extravian de ilusion en ilusion, ofrecen sin duda un titulo de gloria a su patria, presentando un grande y sublime espectaculo de luces y virtudes. Una reunion de hombres de esta clase en todos los puntos del territorio, obran como de concierto, por la conformidad de sus ideas, para promover los intereses mas preciosos de la patria y la humanidad. Se llenan todos del ardor mas noble, empeñan en su empresa todas las fuer-

zas de su alma, y casi todos estan prontos a sacrificar a la patria sus intereses personales, sin otra escepcion que la de su fama. Como los resultados por lo comun no son felices, sus trabajos aparecen vanos y algunas veces insensatos: aquel ardor por establecer principios descuidando de su aplicacion y practica, es muchas veces pueril; y los que han recibido las lecciones de la esperiencia despues de una revolucion se ven no pocas veces tentados a despreciar a sus inmediatos antecesores, como ellos lo habian hecho con los que les precedieron. Esta propension es sin embargo injusta, pues nadie debe desconocer que es muy facil juzgar despues de los acontecimientos.

Imajinese cada cual trasportado a aquella epoca que suponemos ha empezado a desaparecer, en que las almas llenas de vigor y de enerjia necesitaban ocupacion y movimiento, en que su ardor apenas hallaba campo suficiente en el espacio que las rodeaba, y en que sus facultades ansiaban por ejercer en toda su plenitud la fuerza de que se hallaban animadas: si se atiende a todo esto con reflexion, no podrá menos de reconocerse, que semejantes disposiciones son muy espuestas a errores, ni de confesarse que no por eso se debe tener en menos la fuerza y vigor intelectual de los que se han hallado en semejante periodo. Las primeras chispas de una revolucion politica, y los primeros pasos de la regeneracion social, dan siempre a conocer grandes talentos que se hacen notables por la brillantez y fuerza de su elocuencia, lo mismo que por la firmeza de su caracter. Vuelvanse los ojos a Francia, España y a las nuevas republicas de America: en todas se encontraran los defectos de la literatura y filosofia del siglo XVIII; se notará un tono declamatorio, se echará menos cierta sencillez, y aun se advertiran sutilezas poco fundadas; pero jamas podrá dejar de mirarse ni reconocerse la valentia de la elocuencia en la tribuna, la profundidad de la filosofia y la decision resuelta que se desplega en el ataque y la defensa.



Hasta aquí la primera época de una revolución; se han empezado a sentir ciertos males, mas aun no se perciben todos. Insensiblemente va cambiando la escena; el movimiento se comunica de unos en otros, y todos quieren ya tomar parte en los negocios públicos. Pronto se presentan en la escena hombres de un carácter nuevo, por la mayor parte educados en una clase inferior, y no acostumbrados a vivir en aquella especie de sociedad que suaviza el carácter y disminuye la violencia natural de la vanidad, civilizandola constante y moderadamente. Esta clase de hombres envidiosos y encarnizados contra todo genero de distincion que da superioridad, y a la cual llaman *aristocracia*, apechugan con las doctrinas y teorías mas exajeradas, tomando a la letra y sin las modificaciones sociales cuanto ciertos libros dicen sobre *libertad e igualdad*. Con estos nombres honrosos cubren sus miras personales que acaso ellos mismos todavia no conocen claramente. Unos llenos de Rousseau que mal entienden, beben en sus obras el odio a cuanto es superior a ellos; otros adquieren en Mably la admiracion de las republicas antiguas, y pretenden reproducir sus formas entre nosotros a pesar de la inmensa distancia de tiempo y diferencia de lugares, hábitos y costumbres: estos quitando a Raynal la tea que encendió para reducir con ella a pavezas todas las instituciones, la aplican indiscretamente a su patria y producen una conflagracion universal: aquellos dignos discipulos del fanático Diderot, bramán de colera solo de oír el nombre de sacerdotes, relijion y culto: otros, finalmente, tratan de ensayar fria y tranquilamente sus mal fundadas teorías, y frenéticos de orgullo, nada, ni aun las mas desastrosas revoluciones los detienen para ponerlas en practica a cualquiera costa.

Tal es la segunda clase de hombres que toma una parte muy activa en el segundo periodo de revolucion: su perversidad no está del todo fija ni decidida: sus errores son aun todavia en alguna manera discupables porque tienen

mucho de ceguedad, y esto hace que no recojan fruto alguno del mal que causan, y que lo paguen bien pronto. Muchos de los que pertenecen a este periodo revolucionario, se hallan por lo general dotados de grandes talentos que hacen brillar bien pronto, especialmente cuando para defenderse tienen que recurrir a la elocuencia, despues que esta prenda ha servido de instrumento para atacarlo y destruirlo todo. En estas circunstancias su lenguaje tiene mucha dignidad, bastante verdad y ternura.

Cuando este partido, en el cual no faltan hombres de honradez y buena fe queda aniquilado, entonces las revoluciones de los pueblos dejan de ser objeto de la historia de las opiniones humanas, y pertenecen solo a la de las pasiones e intereses personales. La mascara con que se cubren los que entonces se apoderan de la sociedad es tan grosera y visible, que a nadie puede engañar, y los mas de los que la usan casi no disimulan sus intentos. Sus bajas y viles acciones no tienen en su disculpa ni la escusa del entusiasmo, ni la de la embriaguez mental.

En medio de los crímenes y calamidades públicas, la moralidad no puede tener sino un influjo demasiado precario. Es sin embargo digna de notarse una circunstancia que parece ser peculiar de los tiempos civilizados, y es que ninguna faccion por barbara que se suponga, desconoce la necesidad de cubrir sus decretos con un barniz de razon y de argumentos. El mas fuerte se empeña siempre en probar que la fuerza no es su sola razon. Todos cuantos dominan en esta época de calamidad, invocan a su favor el sofisma y la declamacion; las facultades mentales se ocupan de esto constantemente, y nada dejan sin defender, nada sin alabar. Hallanse filosofos complacientes que disculpan las matanzas, y amigos de la libertad que elojian el poder arbitrario. La poesia no se desdeña de prestar sus acentos para celebrar los mas crueles escesos y las mas tristes desgracias, y usando de un entusiasmo facticio sabe cantar en medio de lagri-



mas y sangre. Nada existe ya de literatura ni artes que sean bastantes a suavizar la barbarie de tan desastrosa epoca. El lenguaje no puede tener persuasion ni fecundidad en tales momentos. El arte no sabe dar efectos permanentes a una elocuencia hipocrita : y aun cuando por una ceguera fatal pueda la imaginacion adquirir un cierto grado de calor y de pasion verdadera, solo puede presentarse a los ojos del sabio y del moderado, como la exaltacion de la embriaguez, objeto a un tiempo de compasion y repugnancia.

Cuando las cosas han llegado a este punto, y los hombres se han cansado de sufrir, se aprovecha una circunstancia favorable para verificar un cambio, y entonces se va gradualmente volviendo atras por la misma escala, aunque por un orden inverso : dichoso el pueblo que no vuelva hasta el punto de donde parti6, pues entonces sin mejorar en nada, como sucedi6 en Espa1a a la caida de las ultimas Cortes, ha tenido que pasar por todos los horrores de una revolucion. Pero no es esto lo comun, sino el quedar en el medio como el pendulo, al cabo de oscilaciones mas o menos violentas : entonces es terminada la revolucion, se reportan sus frutos, y sus excesos son una leccion practica para evitarlos en lo sucesivo.

## DISCURSO

SOBRE LA NECESIDAD DE QUE SEA EFECTIVA LA INDEPENDENCIA DEL  
PODER JUDICIAL.

\*\*\*\*\*

*Ne quid nimis. Nada en demasia.*  
FEBRO.

El enardecimiento que se ha observado contra los disidentes vencidos, y el empe1o excesivo y tal vez immoderado con que se solicita su castigo, nos parece pertenecer al numero de aquellas demasias que, por lo general, no dependen de un principio noble ni tienen favorables resultados, especialmente cuando los jueces estan espuestos a perder una independencia sobre que descansa el orden social. La dignidad mas augusta, la mas noble prerogativa y la comision mas delicada que puede haber entre los hombres en cualquier gobierno que vivan, es la de ser el arbitro entre sus iguales, terminar sus diferencias, y poder despojarlos con una palabra sola de los bienes, del honor y aun de la vida. Por esta razon, en los pri-